

ESCENA VIII

MELITÓN.– ¡Al infierno!... ¡Buen viaje!

También que era del infierno
dijo, para mi gobierno,
aquel nuevo personaje.
¡Jesús, y qué caras tan...!
Me temo que mis sospechas
han de quedar satisfechas,
voy a ver por dónde van.

(Se acerca a la portera y dice como admirado:)

¡Mi gran Padre San Francisco
me valga!... Van por la sierra,
sin tocar con el pie en tierra,
saltando de risco en risco.
Y el jaco les sigue en pos
como un perrillo faldero.
Calla..., hacia el despeñadero
de la ermita van los dos.

(Asomándose a la puerta con gran afán, a voces)

¡Hola!... ¡Hermanos! ¡Hola!... ¡Digo!...
No lleguen al paredón,
miren que hay excomunión
Que Dios les va a dar castigo

(Vuelve a la escena)

No me oyen, vano es gritar.
Demonios son, es patente.
Con el santo penitente
sin duda van a cargar.
¡EL Padre, el Padre Rafael!...
Si quien piensa mal, acierta.
Atrancaré bien la puerta...,
pues tengo un miedo cruel.

(Cierra la puerta)

Un olorcillo han dejado
de azufre... Voy a tocar
las campanas.

(Vase por un lado, y luego vuelve por otro como con gran miedo)

Avisar será mejor al prelado.

Sepa que en esta ocasión,
aunque refunfuñe luego,
no el Padre Guardián, el lego
tuvo la revelación.

(Vase)

ESCENA XIX

El teatro representa un valle rodeado de riscos inaccesibles y de malezas, atravesado por un arroyuelo. Sobre un peñasco, accesible con dificultad y colocado al fondo, habrá una medio gruta, medio ermita, con puerta practicable, y una campana que pueda sonar y tocarse desde dentro: el cielo representará el ponerse el sol de un día borrascoso; se irá oscureciendo lentamente la escena y aumentándose los truenos y relámpagos. DON ALVARO y DON ALFONSO salen por un lado.

D. ALFONSO.– De aquí no hemos de pasar.

D. ÁLVARO.– No, que tras de estos tapiales,
bien sin ser vistos, podemos
terminar nuestro combate.
Y aunque en hollar este sitio
cometo un crimen muy grande,
hoy es de crímenes día,
y todos han de apurarse.
De uno de los dos la tumba
se está abriendo en este instante.

D. ALFONSO.– Pues no perdamos más tiempo,
y que las espadas hablen.

D. ÁLVARO.– Vamos, pero antes es fuerza
que un gran secreto os declare,
pues que de uno de nosotros
es la muerte irrevocable:
y si yo caigo, es forzoso
que sepáis en este trance
a quién habéis dado muerte,
que puede ser importante.

D. ALFONSO.– Vuestro secreto no ignoro.
Y era el mejor de mis planes
(para la sed de venganza
saciar que en mis venas arde)
después de heriros de muerte
daros noticias tan grandes,
tan impensadas y alegres
de tan feliz desenlace;
que al despecho de saberlas,
de la tumba en los umbrales,
cuando no hubiese remedio,
cuando todo fuera en balde,
el fin espantoso os diera,
digno de vuestras maldades.

D. ÁLVARO.– Hombre, fantasma o demonio,
que ha tomado humana carne
para hundirme en los infiernos,
para perderme..., ¿qué sabes?...

D. ALFONSO.– Corrí el nuevo mundo..., ¿tiem-
blas?...
Vengo de Lima..., esto baste.

D. ÁLVARO.– No basta, que es imposible
que saber quién soy lograses.

D. ALFONSO.– De aquel virrey fementido
que (pensando aprovecharse
de los trastornos y guerras,
de los disturbios y males
que la sucesión al trono
trajo a España) formó planes
de tornar su virreinato
en imperio, y coronarse,
casando con la heredera
última de aquel linaje
de los Incas (que en lo antiguo,
del mar del Sur a los Andes
fueron los emperadores)
eres hijo. De tu padre
las traiciones descubiertas,
aun a tiempo de evitarse,
con su esposa, en cuyo seno
eras tú ya peso grave,
huyó a los montes, alzando
entre los indios salvajes
de traición y rebeldía
el sacrílego estandarte.
No les ayudó fortuna,
pues los condujo a la cárcel
de Lima, do tú naciste...

D. ÁLVARO.– (*Muy turbado y fuera de sí*)
Ya me habéis dicho bastante...
No sé dónde estoy, ¡oh cielos!...
Si es cierto, si son verdades
las noticias que dijisteis...
(Enternecido y confuso)
¡Todo puede repararse!
Si Leonor existe, todo.
¿Veis lo ilustre de mi sangre?...
¿Veis...?

D. ALFONSO.— Con sumo gozo veo
que estáis ciego y delirante.
¿Qué es reparación?... Del mundo
amor, gloria, dignidades
no son para vos... Los votos
religiosos e inmutables
que os ligan a este desierto,
esa capucha, ese traje,
capucha y traje que encubren
a un desertor, que al infame
suplicio escapé en Italia,
de todo incapaz os hacen.
Oye cuál trueno indignado

(Trueno)

Contra ti el cielo... Esta tarde
completísimo es mi triunfo.
Un sol hermoso y radiante
te he descubierto, y de un soplo
luego he sabido apagarle.

D. ÁLVARO.— *(Volviendo al furor)*
¿Eres monstruo del infierno,
prodigio de atrocidades?

D. ALFONSO.— Soy un hombre rencoroso
que tomar venganza sabe.
Y porque sea más completo,
te digo que no te jactes
de noble... Eres un mestizo,
fruto de traiciones.

D. ÁLVARO.— *(En el extremo de la desesperación)*
Baste.

¡Muerte y exterminio! ¡Muerte
para los dos! Yo matarme
sabré, en teniendo el consuelo
de beber tu inicua sangre.

(Toma la espada, combaten y cae herido Don Alfonso)

D. ALFONSO.— Ya lo conseguiste. ¡Dios mío!
¡Confesión! Soy cristiano... Perdonadme...
Salvad mi alma...

D. ÁLVARO.— *(Suelta la espada y queda como petrificado)*

¡Cielos!... ¡Dios mío... ¡Santa Madre de los
Ángeles!... ¡Mis manos tintas en sangre...,
en sangre de Vargas!

D. ALFONSO.— ¡Confesión!..., ¡confesión!...

Conozco mi crimen y me arrepiento...
Salvad mi alma, vos que sois ministro del
Señor.

D. ÁLVARO.— *(Aterrado)*

¡No, yo no soy más que un réprobo, presa
infeliz del demonio! Mis palabras sacríle-
gas aumentarían vuestra condenación.
Estoy manchado de sangre, estoy irregular.
Pedid a Dios misericordia... Y..., esperad...
Cerca vive un santo penitente... Podrá
absolveros... Pero está prohibido acercarse
a su mansión... Qué importa: yo, que he
roto todos los vínculos, que he hollado
todas las obligaciones...

D. ALFONSO.— ¡Ah!, por caridad, por caridad...

D. ÁLVARO.— Sí, voy a llamarlo al punto...

D. ALFONSO.— Apresuraos, Padre... ¡Dios mío!

(Don Álvaro corre a la ermita y golpea la puerta)



LEONOR.– (*Dentro*)

¿Quién se atreve a llamar a esta puerta.
Respetad este asilo.

D. ÁLVARO.– Hermano, es necesario salvar un alma, socorrer a un moribundo; venid a darle el auxilio espiritual.

LEONOR.– (*Dentro*) Imposible, no puedo; retiraos.

D. ÁLVARO.– Hermano, por el amor de Dios.

LEONOR.– (*Dentro*) No, no; retiraos.

D. ÁLVARO.– Es indispensable, vamos. (Golpea fuertemente la puerta)

LEONOR.– (*Dentro, tocando la campanilla*)

¡Socorro! ¡Socorro!

Actividades

1. Observa las palabras del fraile Melitón. Este personaje presenta rasgos de cierta comicidad, recuerda al gracioso de las comedias del Siglo de Oro. En relación con esto, hemos de recordar que nuestros románticos redescubren el teatro del Siglo de Oro, del que adoptan ciertos, aspectos técnicos. Realiza una descripción psicológica de dicho personaje y recuerda algún drama del Siglo de Oro que hayas leído o visto representar en el teatro en la que el personaje del gracioso guarde semejanza con el fraile Melitón.
2. Relee, en el comienzo de la Escena IX, la acotación sobre la escenografía. Como puedes comprobar, el fondo paisajístico (eminentemente romántico) es un lugar árido, escabroso, acompañado de un cielo tormentoso que se adecua perfectamente a la situación dramática que están protagonizando los personajes. En este lugar ocurrirá la tragedia final de don Álvaro. Resume brevemente el contenido del fragmento y justifica en qué consiste dicha adecuación.
3. A continuación, relee el diálogo entre don Alfonso y don Álvaro. Don Alfonso ha desvelado el misterio del protagonista, su origen desconocido (“reconocimiento” o “anagnórisis”), pero ya es tarde para impedir que se lleve a cabo la venganza, móvil y eje de la acción de la obra. ¿Cómo valoras el efecto dramático de este descubrimiento?
En esta escena pueden observarse también los sentimientos opuestos de ambos personajes: don Alfonso, vengativo, rencoroso; don Álvaro, noble de sentimientos pero impulsado por un destino por el que se ve obligado a matar. Analiza dichos sentimientos utilizando ejemplos textuales.
4. La muerte que ronda a don Álvaro desde el comienzo de la obra, se pone de manifiesto en este fragmento. Y también el amor apasionado (tema fundamental del teatro romántico) en las palabras de don Álvaro y con la aparición de Leonor.
Analiza los rasgos característicos de los temas de la muerte y del amor desarrollados en este fragmento.
5. Observa el cambio del verso a la prosa. Como hemos comentado, la alternancia entre verso y prosa es característica de las primeras obras románticas, pero este uso no obedece, generalmente, a un cambio en la situación dramática ni se adecua al contenido de la escena. Es, la mayor parte de las veces, algo totalmente caprichoso, a gusto del autor.
Para comprobar estas afirmaciones, resume el contenido del fragmento expresado en prosa y trata de encontrar algún elemento temático que pueda justificar el cambio de verso a prosa realizado por el Duque de Rivas.
6. La rebeldía contra un mundo injusto que impide al hombre ser feliz estructura y desarrolla el conflicto dramático. El planteamiento del conflicto, su desarrollo y su desenlace se estructuran en torno a dos fuerzas opuestas:
 - a) Por una parte, los componentes “irracionales” de la realidad, como son prejuicios de clase, código del honor, la fuerza del azar.
 - b) Por otra, las aspiraciones del protagonista: oposición al código de clase, oposición al código del honor, oposición frontal a un mundo que le impide realizar su destino, satanización del personaje y rechazo de Dios como último responsable.Indica cómo y dónde se manifiestan estos componentes conflictivos en el fragmento.
7. Observa, finalmente, la abundancia de admiraciones, interrogaciones, puntos suspensivos, que indudablemente obligan al personaje a una exagerada gesticulación. Justifica con ejemplos del texto cómo el lenguaje pone de manifiesto el carácter límite y absurdo de las situaciones vividas por los personajes.